

Efraín estaba conmovido, pero ¿qué hacer? Su deber como ciudadano le ordenaba esta separación forzosa.

Después de un sinnúmero de promesas, convinieron en que Marta se le reuniría después y acompañaría al guerrillero en aquella difícil campaña que iba a emprenderse contra los enemigos del pueblo, y en la que indudablemente se derramaría mucha sangre de patriotas..... Ambos irían buscando libertades para los irredentos, a quienes había tocado solamente y por muchos años el acibar de la vida

Una hora más tarde estaba cerrada la ventana... y el viento repetía el eco de los sollozos y de los suspiros, había pasado la lluvia y el cielo despejado daba paso a la luz de algunas brillantes estrellas cuya proyección llegaba hasta la tierra. Todo estaba quieto; solo se oía a lo lejos el ladrido del perro fiel que custodiaba la casa del amo; el ambiente húmedo todavía e impregnado de aromas, envolvía a la ciudad apacible que dormía. Era la media noche y de los nidos que penden de los árboles se desprendían gotitas cristalinas y frías. Los pajarillos entumidos, sacudiendo sus alas, esperaban resignados la primera caricia matutina.

UN día después partía Efraín para la frontera del país. El espacioso andén de la estación estaba pletórico. Los admiradores del joven guerrillero se disputaban el lugar para despedirlo; el poeta, emocionado, habló largo rato, y su peroración fué interrumpida continuamente por acalorados aplausos de la compacta multitud que le escuchaba; al fin la locomotora con su estridente silbato anunció la partida del tren, poniéndose en movimiento y en medio de una espesa humareda se aleja despacio primero, rápido después . . . Los espectadores, unos pensativos, otros indiferentes, iban desapareciendo de aquel lugar; solo dos seres quedaban allí como incrustados, con la vista fija sobre la ruta que había seguido el tren, permaneciendo así mucho tiempo: eran Marta la soñadora y Don Andrés su buen padre. Los hondos dolores no tienen llanto, ni quejas, y solo pueden consolarlos los que algunas veces han senti-

do en su corazón el dardo sangrador del infortunio. . . . Parecíale a Marta que despertaba de un profundo sueño, intranquila y confusa por horrible pesadilla; sólo las palabras de don Andrés lograron sacarla de aquel mar de pensamientos sombríos que ofuscaban su cerebro, y después ambos se dirigían a su domicilio, callados y tristes, como si el padre santo se hubiera contagiado con los sufrimientos morales de su hija. Así, abandonada al recuerdo de sus amores y sumida en una nostalgia infinita, pasaba el tiempo nuestra soñadora; inspirada en la contemplación de los sedosos y brillantes rizos que del poeta conservaba, les dedicaba el siguiente soneto:

Con un respeto santo he conservado
 Los negros rizos que me diste un día,
 Y cuántas veces los habré empapado
 Con lágrimas en horas de agonía!
 Si es tempestuosa la existencia mía
 Y se haya mi espíritu agotado,
 Tengo también momentos de alegría
 Después de que tus rizos he besado.....
 Si el sol los acaricia, siento celo
 Y celo siento si los ven las flores
 Que han formado mi dicha y mi consuelo.....
 Y mitigan siquiera los dolores
 Con que ha sabido distinguirme el cielo
 A cambio de mis grandes sinsabores.....!

Ella, que era tan joven, que estaba en la edad de las ilusiones, parecíale que solo sombras le rodeaban, y era que le faltaban ahora las palabras de aliento de su Efraín, que lejos, muy lejos, quizá en aquellos momentos se batía con el enemigo; o quizá en la medianía de una larga caminata el sudor bañaría su frente quemada por el sol. ¡Dichosas las almas que saben soñar, porque ellas pueden elevarse muy por encima de la vulgaridad! Marta soñaba y, a través de su imaginación ardiente veía claramente a su poeta con su cabellera rizada y sus ojos melancólicos y tristes; le parecía oír su voz dulce llena de hermosos conceptos. Así pasaron muchos días de tristezas para Marta, mas ella tenía fe en el cariño del revolucionario, quien frecuentemente le enviaba sus sentidas estrofas y con ellas el afecto de su alma. . . . Todo cambiaría muy en breve; el cielo sería testigo de sus dichas y de sus amores; las flores de variados matices embalsamarían suavemente la brisa que ambos respiraban, y el arroyuelo les brindaría su eterna canción de muchos siglos

En mi capítulo siguiente verán mis amables lectores cómo Marta, despreciando el peligro y haciendo a un lado los consejos callejeros de viejas hipócritas y de ideas rancias, que no le hacían mella, va en busca del guerrillero cuya fama hacía ya solícita la gloria, tejer una corona de laurel para su frente.

VIII.

SE acercaba la dura estación de las nieves: los árboles más corpulentos de los jardines iban poco a poco abandonando sus hojas amarillas para que después un inclemente torbellino, azotando sus ramas, las echara por el suelo; las hojas caerían, y las alegres golondrinas se alejarían de los rigores del invierno, y éste se alejaría también como los pesimistas que al llegar a la senectud de la vida, huyen de las frondas y los nidos. ¡Y cuántos negros pesares traerían sus nieves blancas! ¡Cuántos cuerpos de mendigos cubrirían la escarcha y el hielo . . . ! El alma se conmueve hondamente al pensar en los niños pobres que tiritando pululan por las calles trabajando para poder llevar a la boca un mendrugo de mal pan que sacie un poco el hambre, ya que el intenso frío no puede evitarlo, porque su traje roto, o más bien dicho, los harapos que medio cubren su cuerpo dejan pasar el aire helado que llega hasta los huesos . . . Solo los

miserables, los desarrapados, los mendigos transitaban en aquel día . . . Los señores de abolengo, los de la aristocracia, en sus elegantes habitaciones y al rededor de caliente estufa charlaban, fumaban y tomaban oloroso té, sin pensar siquiera en los desgraciados que en los quicios de sus puertas morían de hambre y de frío . . . ! Mas vendrían días de prueba, quizá no tarde, para los orgullosos potentados.

Del escaso follaje que aun quedaba a los añosos árboles de la alameda, se desprendía paulatinamente el rocío que durante la noche había depositádose sobre aquellas agonizantes hojas . . . Solo Marta, como los necesitados, atravesaba las anchas avenidas de aquella alameda, tan llena de atractivos; el conjunto de la joven era altamente simpático; vestía un hermoso traje plomo de irreprochable corte que delineaba sus bien formados contornos; un ligero chal de gasa negra cubría su cabeza; llevaba entre sus manos una pequeña petaca de viaje; caminaba de prisa como si quisiera llegar a una hora fija y era que faltaban minutos para la salida del tren de pasajeros que iba rumbo al Norte, y precisamente tenía que tomar ese tren para llegar cuanto antes al lado de su Efraín . . . En su rostro casi infantil había algo de inquietud; pero de cuando en cuando, un rayo de alegría se escapaba de aquellos grandes ojos. Sin hablar a nadie entra en un carro de primera y espera con ansiedad la orden de marcha; al fin la loco-

motora se pone en movimiento, abriéndose paso por entre la espesa niebla . . . Iba pues, la poetiza, sacrificándolo todo, en busca de sus amores íntimos, única ilusión para quien ella vivía . . . Sus padres lloraron su ausencia, pero no pudieron evitarla . . . El destino inexorable, cruel como siempre, había triunfado . . .

Sigamos a nuestra heroína en su camino. El viendo azotaba el cristal de las ventanillas, y Marta, con un libro enfrente, trataba de leer; mas era en vano, porque su pensamiento estaba muy distante . . . Su vista recorría ávidamente aquellos renglones; pero sin darse cuenta de su contenido; estaba muy aletargada; su espíritu en un mundo de ensueños se perdía . . .

De cuando en cuando, los pasajeros lanzaban una mirada escudriñadora sobre aquella rara joven que demostraba en su semblante la impaciencia del sér que quiere llegar pronto a determinado sitio. Para ella no existían esas miradas interrogadoras, porque no reparaba en ellas; quizá ni cuenta se daba que allí viajaban personas enteramente extrañas.

Trasladémonos ahora al triste campamento donde Efraín con sus soldados esperaba la hora del combate, para ir a batir a los traidores que no muy lejos de allí se hacían fuertes. Aquel día habían descansado. Efraín con un aire de melancolía daba vueltas a lo largo de la estación inmediata al campamento, que

solo habla al corazón de la muerte y del martirio. Nuestro soñador, solo, separado del bullicio, acompañado únicamente de sus internos pensamientos, parecía que una idea fija de sumo interés le preocupaba. Vestía cotona de cuero amarillo, prenda propia de nuestro país y más aún de aquellas regiones tamaulipecas; un pantalón de kaki del mismo color, botas fuertes y un sombrero gris de anchas alas, cubría aquella cabeza de soñador coronada de negros y abundantes rizos que caían sobre su espaciosa frente, llena de grandes y sublimes pensamientos. Un pañuelo rojo descuidadamente atado al cuello completaba su indumentaria de revolucionario fronterizo. De pronto un sujeto se adelanta, y tendiendo su mano en la que llevaba un pliego cerrado, se dirige a Efraín diciéndole:

— Mi Coronel aquí está esto—y entrega el oficio.

Diremos, aun cuando sea en dos palabras, quién era este hombre: tendría aproximadamente treinta años, su piel estaba tostada por el sol, de maneras toscas y rudas; era uno de esos tantos abnegados labradores que han cambiado el arado que fecundiza, por el fusil fraticida que hiere y mata: era el asistente que llevaba el parte de novedades. Después de un momento suficiente para que Efraín se impusiera de aquel parte, le dice de una manera fraterna lo:

— Está bien, Juan; diles que estén listos para todo



— Mi coronel, aquí está esto,—y entrega el Oficio.

servicio, no sea que los traidores nos jueguen una mala partida.

El fiel asistente se marcha fijándose en la bondad del bravo jefe y en las huellas de tristeza que había notado ahora en su semblante . . .

El día llegaba lánguidamente a su ocaso; los agonizantes rayos de un sol enfermizo iluminaban ténue-mente los lejanos montes; era la hora crepuscular que nos anuncia la aproximación de la noche . . .

Se presentaba la noche con sus negras vestiduras. El tren llegaba a la estación en la que no habrán olvidado mis lectores, esperaba Efraín con ansiedad. Muy poco movimiento se notaba, pues solo habían bajado unos cuantos soldados que venían de los hospitales militares y ya restablecidos iban a incorporarse a sus respectivos regimientos, algunas señoras de éstos, y Marta, fatigada por tan largo viaje, pues había caminado muchos días para poder llegar hasta allí, algunas veces a pie, otras a caballo, guiada siempre por esas buenas mujeres que van sin miedo a los lugares del peligro para acompañar al soldado y compartir con él las fatigas. El viril poeta no se movía; más de pronto una fuerza insólita le obliga a dar un salto unido a un grito, no sé si de sorpresa o de júbilo: había visto a Marta y corría a su encuentro . . . Un segundo después, sólo se escuchó un murmullo de besos, de risas y de llantos . . . Un abrazo interminable los unía . . . La noche los cu-